

➤ *Domingo 26 del Tiempo ordinario, Ciclo C (2013). En el Evangelio, Jesús propone la parábola de Lázaro y el hombre rico, que tiene dos partes. Además de una invitación a la vida sobria y a la solidaridad, también nos indica que para llegar a una verdadera conversión de nuestras vidas y para tener una genuina religiosidad, es necesario escuchar la Palabra de Dios, prestando la "obediencia de la fe". Quien tiene la conciencia ofuscada por el egoísmo, el corazón seducido por el placer, el alma recargada por los bienes de la tierra, el oído sordo por el fragor de la diversión, no consigue ser implicado por la invitación a la conversión que hay en Moisés y en los Profetas, es decir, en la Escritura. Necesidad de la Palabra de Dios para construir la vida sobre roca. «Y la Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros» (Juan 1, 14a). La Palabra eterna, que se expresa en la creación y se comunica en la historia de la salvación, en Cristo se ha convertido en un hombre «nacido de una mujer» (Gálatas 4,4). La Palabra aquí no se expresa principalmente mediante un discurso, con conceptos o normas. Aquí nos encontramos ante la persona misma de Jesús. Ahora la Palabra tiene un rostro: viviendo en él, podemos vivir en la luz. En Cristo, la Palabra de Dios está presente como Persona. Con Cristo la fe adquiere la forma del encuentro con una Persona a la que se confía la propia vida.*

❖ Cfr. Domingo 26 del Tiempo Ordinario Ciclo C, 29 septiembre 2013 Amos 6, 1<sup>a</sup>.4-7; Lucas 16, 19-31 La parábola de Lázaro y el hombre rico.

**Lucas 16, 19-31.** En aquel tiempo, dijo Jesús a los fariseos: **19** - «Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino y banqueteaba espléndidamente cada día. Y un mendigo llamado Lázaro estaba echado en su portal, cubierto de llagas, y con ganas de saciarse de lo que tiraban de la mesa del rico. Y hasta los perros se le acercaban a lamerle las llagas. Sucedió que se murió el mendigo, y los ángeles lo llevaron al seno de Abraham. Se murió también el rico, y lo enterraron. Y, estando en el infierno, en medio de los tormentos, levantando los ojos, vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno, y gritó: "Padre Abraham, ten piedad de mí y manda a Lázaro que moje en agua la punta del dedo y me refresque la lengua, porque me torturan estas llamas." Pero Abraham le contestó: "Hijo, recuerda que recibiste tus bienes en vida, y Lázaro, a su vez, males: por eso encuentra aquí consuelo, mientras que tú padeces. **26** Y además, entre nosotros y vosotros se abre un abismo inmenso, para que no puedan cruzar, aunque quieran, desde aquí hacia vosotros, ni puedan pasar de ahí hasta nosotros."  
**27** El rico insistió: "Te ruego, entonces, padre, que mandes a Lázaro a casa de mi padre, **28** porque tengo cinco hermanos, para que, con su testimonio, evites que vengan también ellos a este lugar de tormento." **29** Abraham le dice: "Tienen a Moisés y a los profetas; que los escuchen." **30** El rico contestó: "No, padre Abraham. Pero si un muerto va a verlos, se arrepentirán." **31** Abraham le dijo: "Si no escuchan a Moisés y a los Profetas, tampoco se convencerán aunque resucite un muerto."

**"Si no escuchan a Moisés y a los Profetas,  
tampoco se convencerán aunque resucite un muerto."  
(Lucas 16, 31)**

**Los milagros frecuentemente suscitan curiosidad,  
pero son ineficaces cuando el corazón está obtuso.**

### **A. Introducción: las dos partes de la parábola de Lázaro y el hombre rico**

- 1) Frecuentemente se ha predicado sobre el valor de la pobreza y de las riquezas en la vida cristiana. (Lucas 16, 19-26).
- 2) La segunda parte (Lucas 16, 27-31) hace referencia al v. 31: "Si no escuchan a Moisés y a los Profetas, tampoco se convencerán aunque resucite un muerto." La fe/religiosidad se funda en la Palabra de Dios. No es necesario el milagro - en el caso de esta parábola la aparición de un muerto- porque, como explica el Señor, no lleva necesariamente a la conversión del corazón.

**B. Para una verdadera conversión hace falta una decisión pronta y personal en relación con la Palabra de Dios. Abrahán le dijo: “Si no escuchan a Moisés y a los Profetas, tampoco se convencerán aunque resucite un muerto”.**

❖ a) La Palabra de Dios salva

- **Para una verdadera conversión y para una fe genuina, no hacen falta la magia y las apariciones sino solamente una decisión pronta y personal en relación con la Palabra de Dios.**
- Gianfranco Ravasi, o.c. p. 293: “Las palabras de Abrahán son lapidarias: para una verdadera conversión y para una fe genuina, no hacen falta la magia y las apariciones sino solamente una decisión pronta y personal en relación con la Palabra de Dios, expresada a través de Moisés y de los Profetas, es decir, a través de la Biblia. Sin embargo, es mucho más fácil pedir señales, garantías, visiones y pruebas”.
- **Quien tiene la conciencia ofuscada por el egoísmo, el corazón seducido por el placer, el alma recargada por los bienes de la tierra, el oído sordo por el fragor de la diversión, no consigue ser implicado por la invitación a la conversión que hay en Moisés y en los Profetas, es decir, en la Escritura.**
- Gianfranco Ravasi, o.c. p. 296: “La réplica es neta, e introduce, por otra parte, la religiosidad que se funda sobre la Palabra de Dios. Es solamente ésta la que es necesaria y la que nos salva. Pero quien tiene la conciencia ofuscada por el egoísmo, el corazón seducido por el placer, el alma recargada por los bienes de la tierra, el oído sordo por el fragor de la diversión, no consigue ser implicado por la invitación a la conversión que hay en Moisés y en los Profetas, es decir, en la Escritura. Quien se ha acostumbrado a una vida espectacular, no puede escuchar la voz del maestro divino que habla en la intimidad y en el silencio. La tentación de una prueba clamorosa para creer es rechazada repetidamente por Jesús, quien no se deja cautivar por Satanás para lanzarse desde la cima del Templo para no provocar a Dios. Es más, en otra parte de san Lucas, Jesús amonestaba así a dos ciudades de Galilea: «¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y Sidón hubieran sido realizados los milagros que se han obrado en vosotras, hace tiempo que habrían hecho penitencia sentados en saco y ceniza» (10,13). Los milagros frecuentemente suscitan curiosidad, pero son ineficaces cuando el corazón está obtuso”.

❖ b) La Palabra de Dios y la salvación en la Constitución «Dei Verbum» (Concilio Vaticano. II). Algunos números.

- **Ante la revelación de Dios (ante su Palabra), nosotros prestamos la “obediencia de la fe”.**
  - **n. 5:** Cuando Dios revela hay que prestarle "la obediencia de la fe" (*Romanos* 16, 26; cf. *Romanos* 1, 5; 2 *Corintios.*, 10, 5-6), por la que el hombre se entrega libre y totalmente a Dios, prestando "a Dios revelador el homenaje del entendimiento y de la voluntad" (Pío XI, Encícl. *Mit Brennender Sorge*, del 14 de marzo de 1937: A.A.S. 29 (3.008) y asintiendo voluntariamente a la revelación hecha por El. (...).
  - **La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor.**
    - **En los sagrados libros el Padre que está en los cielos va con amor al encuentro de sus hijos y habla con ellos.**
  - **n. 21:** La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, sobre todo en la Liturgia. Siempre las ha considerado y considera, juntamente con la Tradición, como la regla suprema de su fe, puesto que, inspiradas por Dios y escritas de una vez para siempre, comunican inmutablemente la palabra del mismo Dios, y hacen resonar la voz del Espíritu Santo en las palabras de los Profetas y de los Apóstoles. Es necesario, por consiguiente, que toda la predicación eclesíástica, como la misma religión cristiana, se nutra de la Sagrada Escritura, y se rija por ella.
- Porque en **los sagrados libros el Padre que está en los cielos va con amor al encuentro de sus hijos y habla con ellos**; y es tanta la eficacia que radica en la palabra de Dios, que es, en verdad, apoyo y vigor de la Iglesia, y para sus hijos, fortaleza de la fe, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual. Perfectamente, por tanto, se aplican a la Sagrada Escritura estas palabras: "Pues la palabra de Dios es viva y eficaz" (*Hebreos* 4, 12), "que puede edificar y dar la herencia a todos los que han sido santificados" (*Hechos* 20, 32; cf. *1 Tessalonicenses* 2, 13).

❖ c) La Palabra de Dios en el Catecismo de la Iglesia Católica; dos de los números.

○ **La Palabra de Dios despliega su fuerza de modo privilegiado en el Nuevo Testamento. Su objeto central es Jesucristo.**

• **n. 124:** «La Palabra de Dios, que es fuerza de Dios para la salvación del que cree, se encuentra y despliega su fuerza de modo privilegiado en el Nuevo Testamento» (Dei verbum, 17). Estos escritos nos ofrecen la verdad definitiva de la Revelación divina. Su objeto central es Jesucristo, el Hijo de Dios encarnado, sus obras, sus enseñanzas, su pasión y su glorificación, así como los comienzos de su Iglesia bajo la acción del Espíritu Santo (Cf. Dei verbum, 20).

○ **La fe se suscita y se alimenta con la palabra de salvación.**

▪ **El anuncio de la Palabra de Dios no se reduce a una enseñanza: exige la respuesta de fe, como consentimiento y compromiso.**

• **n. 1102:** «La fe se suscita en el corazón de los no creyentes y se alimenta en el corazón de los creyentes con la palabra de la salvación. Con la fe empieza y se desarrolla la comunidad de los creyentes» (Conc. Vaticano II, Decreto *Presbyterorum ordinis*, 4). El anuncio de la Palabra de Dios no se reduce a una enseñanza: exige la respuesta de fe, como consentimiento y compromiso, con miras a la Alianza entre Dios y su pueblo. Es también el Espíritu Santo quien da la gracia de la fe, la fortalece y la hace crecer en la comunidad. La asamblea litúrgica es ante todo comunión en la fe.

❖ d) La Palabra de Dios en la Exhortación apostólica *Verbum Domini*, de Benedicto XVI.

30 de septiembre de 2010

○ **Necesidad de la Palabra de Dios para construir la vida sobre roca.**

**n. 10.** Tenemos especial necesidad en nuestros días, en los que muchas cosas en las que se confía para construir la vida, en las que se siente la tentación de poner la propia esperanza, se demuestran efímeras. Antes o después, el tener, el placer y el poder se manifiestan incapaces de colmar las aspiraciones más profundas del corazón humano. En efecto, necesita construir su propia vida sobre cimientos sólidos, que permanezcan incluso cuando las certezas humanas se debilitan. En realidad, puesto que «tu palabra, Señor, es eterna, más estable que el cielo» y la fidelidad del Señor dura «de generación en generación» (Salmo 119,89-90), quien construye sobre esta palabra edifica la casa de la propia vida sobre roca (cf. Mateo 7,24). Que nuestro corazón diga cada día a Dios: «Tú eres mi refugio y mi escudo, yo espero en tu palabra» (Salmo 119,114) y, como san Pedro, actuemos cada día confiando en el Señor Jesús: «Por tu palabra, echaré las redes» (Lucas 5,5).

○ **«Y la Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros» (Juan 1,14a).**

▪ **La Palabra eterna, que se expresa en la creación y se comunica en la historia de la salvación, en Cristo se ha convertido en un hombre «nacido de una mujer» (Gálatas 4,4).**

La Palabra aquí no se expresa principalmente mediante un discurso, con conceptos o normas. Aquí nos encontramos ante la persona misma de Jesús.

**n. 11.** «La Palabra eterna, que se expresa en la creación y se comunica en la historia de la salvación, en Cristo se ha convertido en un hombre «nacido de una mujer» (Gálatas 4,4). La Palabra aquí no se expresa principalmente mediante un discurso, con conceptos o normas. Aquí nos encontramos ante la persona misma de Jesús. Su historia única y singular es la palabra definitiva que Dios dice a la humanidad. Así se entiende por qué «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (Enc. *Deus caritas est*, 1). La renovación de este encuentro y de su comprensión produce en el corazón de los creyentes una reacción de asombro ante una iniciativa divina que el hombre, con su propia capacidad racional y su imaginación, nunca habría podido inventar. Se trata de una novedad inaudita y humanamente inconcebible: «Y la Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros» (Juan 1,14a). Esta expresión no se refiere a una figura retórica sino a una experiencia viva. La narra san Juan, testigo ocular: «Y hemos contemplado su gloria; gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad» (Juan 1,14b). La

fe apostólica testifica que la Palabra eterna se hizo Uno de nosotros. La Palabra divina se expresa verdaderamente con palabras humanas”.

- **Ahora la Palabra tiene un rostro: viviendo en él, podemos vivir en la luz.**
  - **En Cristo, la Palabra de Dios está presente como Persona. Ahora, viviendo con él y por él, podemos vivir en la luz. Con Cristo la fe adquiere la forma del encuentro con una Persona a la que se confía la propia vida.**

**n. 12.** (...) “Ahora, la Palabra no sólo se puede oír, no sólo tiene una voz, sino que tiene un rostro que podemos ver: Jesús de Nazaret” [Cf. Mensaje final] (XII Asamblea Sinodal, 5 al 26 octubre 2008). (...)

Cristo, Palabra de Dios encarnada, crucificada y resucitada, es Señor de todas las cosas; él es el Vencedor, el Pantocrátor, y ha recapitulado en sí para siempre todas las cosas (cf. Efesios 1,10). Cristo, por tanto, es «la luz del mundo» (Juan8,12), la luz que «brilla en la tiniebla» (Juan1,54) y que la tiniebla no ha derrotado (cf. Juan 1,5). Aquí se comprende plenamente el sentido del Salmo 119: «Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero» (v. 105); la Palabra que resucita es esta luz definitiva en nuestro camino. Los cristianos han sido conscientes desde el comienzo de que, en Cristo, la Palabra de Dios está presente como Persona. La Palabra de Dios es la luz verdadera que necesita el hombre. Sí, en la resurrección, el Hijo de Dios surge como luz del mundo. Ahora, viviendo con él y por él, podemos vivir en la luz.

**n. 25.** “Con Cristo la fe adquiere la forma del encuentro con una Persona a la que se confía la propia vida. Cristo Jesús está presente ahora en la historia, en su cuerpo que es la Iglesia; por eso, nuestro acto de fe es al mismo tiempo un acto personal y eclesial”.

- **Cuando el hombre, aunque sea frágil y pecador, sale sinceramente al encuentro de Cristo, comienza una transformación radical: «A cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios» (Juan 1,12).**

**n. 50.** (...) Cuando el hombre, aunque sea frágil y pecador, sale sinceramente al encuentro de Cristo, comienza una transformación radical: «A cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios» (Juan 1,12). Recibir al Verbo quiere decir dejarse plasmar por Él hasta el punto de llegar a ser, por el poder del Espíritu Santo, configurados con Cristo, con el «Hijo único del Padre» (Juan1,14). Es el principio de una nueva creación, nace la criatura nueva, un pueblo nuevo. Los que creen, los que viven la obediencia de la fe, «han nacido de Dios» (cf. Juan 1,13), son partícipes de la vida divina: «hijos en el Hijo» (cf. Gálatas 4,5-6; Rm 8,14-17).

**n. 51.** En la Palabra de Dios proclamada y escuchada, y en los sacramentos, Jesús dice hoy, aquí y ahora, a cada uno: «Yo soy tuyo, me entrego a ti», para que el hombre pueda recibir y responder, y decir a su vez: «Yo soy tuyo» [Cf. Relatio post disceptationem, 10, de la XII Asamblea Sinodal, 5 al 26 octubre 2008 ] La Iglesia aparece así en ese ámbito en que, por gracia, podemos experimentar lo que dice el Prólogo de Juan: «Pero a cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios» (Juan 1,12).

- **La necesidad de que la luz de Cristo ilumine todos los ámbitos de la humanidad: la familia, la escuela, la cultura, el trabajo, el tiempo libre y los otros sectores de la vida social.**

**n. 93.** (...) Todos nos damos cuenta de la necesidad de que la luz de Cristo ilumine todos los ámbitos de la humanidad: la familia, la escuela, la cultura, el trabajo, el tiempo libre y los otros sectores de la vida social (Benedicto XVI, Cf. Homilía, en la apertura de la XII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, 5 octubre de 2008). No se trata de anunciar una palabra sólo de consuelo, sino que interpela, que llama a la conversión, que hace accesible el encuentro con Él, por el cual florece una humanidad nueva.